



LA ENTREVISTA FINAL

GONZALO TORNÉ. Barcelona, 1976. Escritor, especialista en diseccionar matrimonios, en 'El corazón de la fiesta' (Anagrama) narra la trastienda del 3% y cómo se corrompe una chica humilde enamorada del bastardo del llamado «Rey de Cataluña».

«Los Pujol no tienen categoría para una novela mía»

LETICIA BLANCO

Pregunta.— ¿Cómo surgió la novela?

Respuesta.— Me apetecía mucho escribir una historia de amor de interclase entre un castellano y un catalanohablante. El tema de la clase parecía olvidado pero entre la crisis y el *procés*, volvió a ser visible.

P.— Es un libro sobre la corrupción.

R.— Hubo una época en la que encendías la tele y veías a todas horas corruptos de todos los partidos. Siempre damos por hecho que eso se hace por dinero pero, ¿por qué gente con éxito social, profesional y económico se expone a que sus vidas queden destruidas? Quería estudiar ese mecanismo por el cual el dinero se apodera de ellos.

P.— ¿A qué conclusión ha llegado?

R.— El dinero es una fuerza, como la curiosidad o el amor, que te acaba dominando si no lo haces tú. Tiene sus propias leyes acumulativas totalmente irracionales: puedes tener 50 millones de euros y sentirte pobre porque otro

tiene 100.000 millones. Algo indecente.

P.— ¿Qué tienen los Masclans de los Pujol?

R.— La familia Masclans cumple la misma función que los Pujol o los Fabra, pero hay diferencias: en la novela sí son juzgados y hay un hijo bastardo. Cuando escribes, los personajes tienen que tener cierta intensidad y los Pujol no tienen categoría para una novela mía, son grises y previsibles. Masclans es carismático. Me interesaba explicar el marco: existe una unidad española en el latrocinio.

P.— Ha habido saturación de ensayos sobre el *procés*, ¿es el turno de la ficción?

R.— Lo bonito de la novela es que te permite ver cómo afectan los procesos sociales a las personas, teniendo en cuenta cómo somos realmente: todos tenemos las lealtades un poco divididas y empatizamos en algunas cosas con lo que piensa nuestro adversario.

P.— ¿Se imagina una novela así en catalán?

R.— Sí, pero creo que se necesitará más tiempo. El sistema de control de la cultura catalana sobre sus escritores es mucho mayor. Aunque hay muchos autores que no son indepentistas o lo son pero son perfectamente capaces de entender los fallos del *procés*, el conjunto de la cultura que se expresa en catalán se expone más a que la llamen traidora. Es curioso porque a la cultura catalana presupestariamente se la maltrata, no llega ni al 1%, pero se le exigen todas las reivindicaciones políticas. En su caso, hay que tener mucha más valentía. El mercado es mucho más



ANTONIO MORENO

pequeño. Mayoritariamente, las tensiones sociales están reunidas en la literatura en castellano: en Marsé, Casavella, Mendoza...

P.— El *president* se llama Turris, ¿por qué?

R.— Tenía que buscar un nombre de risa para un intelectual amaestrado y me salió así. Es una panadería de al lado de mi casa. Astrid, la danesa de la novela, se llamó Astrud durante un tiempo porque los escuchaba todo el rato.

P.— Es verdad, hubo un tiempo en el que tuiteaba sin parar las letras de sus canciones.

R.— Yo hablaba con un chico que se llamaba Manolo Martínez en Twitter y no sabía quién era. Luego me dijeron que era el cantante de Astrud, los escuché y me parecieron súper sofisticados, una cosa finísima. Hay muchas frases suyas, la novela es un concurso de robos. **P.**— ¿Es un libro desencantado con la política?

R.— Es una novela anti-Gonzalo Torné: yo fui un joven despolitizado, pensaba que a los políticos se les podía dejar solos. No iba a ninguna manifestación, no militaba. Y eso tiene unos costes, claro. La política si no la haces, te la hacen. Quedarte en casa riendo y decir que todo es un horror no es muy útil.

LA ÚLTIMA PREGUNTA EN CAMBIO, LOS JÓVENES DE AHORA ESTÁN MUY POLITIZADOS. Yo lo que veo es muchísima efervescencia teórica, por cómo hablan y se relacionan en redes. Me recuerda a los 80, la época de Lacan y Foucault, a esa cosa de justificar decisiones privadas por enormes construcciones teóricas que, a veces, son un poco patilleras.